



Ignacio Manuel Altamirano

Si como fuente y origen del género humano pudiéramos admitir más de una pareja y afirmar en la historia la venturosa época que ha precedido á la de miserias y dolores que aun se prolonga, creeríamos que México había sido el paraíso del mundo que Colón en su entusiasmo hubiera querido poner á los piés de la católica Isabel de Castilla; que allí se habían cumplido iguales maravillas que la Biblia nos relata, que en tranquila y venturosa paz, gozando de dicha completa, habían vivido felices los primeros seres que con su descendencia bastaron para poblar el nuevo continente, pues en verdad que aquellos campos y aquellos montes, aquellos ríos y aquellos valles, tienen indecibles encan-

tos, como deben existir en la mansión cuya puerta guarda el ángel de la flamígera espada. Sin haber estado allá, el historiador al aventurarse en las épocas remotas que pasaron, y estudiar los comienzos de aquella civilización, el naturalista al describir su virgen brillante flora y su riquísima y prehistórica fauna, el mineralogista al escudriñar los senos de la tierra nos hacen formar un concepto de grandeza, con que nuestra imaginación la baña, y que mayor consistencia adquiere cuando aventurados en el estudio de la literatura, apenas si puede permitirse descanso nuestra fatigada mente, pues de paso en paso nos detiene como colosal gigante, y nos obliga á su admiración, un estro poético de primera fuerza, que por radicar en el espíritu misterioso cuyo total forma el alma del mundo, se eleva á los cielos y con potente mirada lo abarca todo, en tanto que, encadenado á la materia, se arrastra por la tierra que embellece.

Muchas veces en la playa, al ver los montes de blanca espuma que el buque al partir forma con su poderoso hélice, al contemplar la profunda estela que abre su quilla, nuestra alma, meciéndose sobre las primeras ó aventurándose en la segunda, lo seguía impelida por este deseo vehemente de ver y conocer lo que existe más allá de esta España, por la que siempre suspiraremos; hemos gemido bajo los eléctricos alambres por donde surca invisible el pensamiento humano con la velocidad del rayo, y

angustia extrema hemos experimentado al oír el silbido penetrante de la locomotora que parte envuelta en negro humo que, despedido de su candente pecho, rugé por el esfuerzo á que se le obliga; cuando considerando estas sensaciones caemos en hondo abatimiento, para consolarnos recurrimos al gran libro de la historia, y al través de sus páginas dejamos atrás leguas y leguas, pasamos siglos y siglos, y creciente siempre nuestro anhelo, somos testigos de las grandes convulsiones de los pueblos, de las metamorfosis de las razas, de los cambios de los hombres; soñamos luego con las fuerzas de los héroes y el talento de los legisladores, y la hermosura de las mujeres que á tanto obligaron; pero siempre llama más nuestra atención advertir que no ha existido pueblo, por efímera y fugaz que fuera su existencia, que no deje recuerdos por medio de la literatura, pues de la misma manera que entendemos no hay un individuo que no suspire, afirmamos que no hay un pueblo que deje de acreditar su existencia con obras en las que revele sus sentimientos y sus creencias, sus gustos y aficiones, y tanto mayor sea su grandeza en la historia y mayores las luchas sostenidas por él, de más precio son las manifestaciones de su genio, lo mismo en la paz que en la guerra; esto se comprueba sencillamente observando que no hay pueblo ni época que carezca de genios superiores y obras admirables que los caractericen en la esfera del arte. Tiene la India el

Ramayana, Homero florece en Grecia, y en Roma, Virgilio y Ovidio; en el periodo de transición de una civilización á otra, aparecen los Nibelungos y los Eddas; Dante representa la edad que muere; su obra es el testamento de una época histórica; Shakespeare vive en el albor de la que empieza: cuando por la luz á que no se está acostumbrado todo toma fantásticas proporciones, aparece Ariosto; para castigar el exceso, Cervantes; como tipo de la ambición gigantesca de un siglo, tenemos á Byron; el cancionero de una generación lo representa Musset, y de este modo, enlazándose con las manifestaciones de los hechos, las revelaciones del espíritu se siguen indefinidamente. Particularizándose en una nación puede hallarse la comprobación particular, y viéndolo en México más nos afirmamos, pues aquel país, perdido en el espacio para los que vivieron antes del siglo xvi, y perdido para sí hasta el xix, al verse con vida propia y poder libremente levantar las manos al cielo, lo saluda con gritos de júbilo y se embriaga con perfumes que no adultera el punzante olor de sangre vertida, y se embelesa escuchando la secreta armonía de los mundos que giran sin que los interrumpa el grito del sicario del déspota, y canta sus propias glorias en Degollado y Zaragoza, borda su naturaleza Riva Palacio, Flores canta sus volcánicos amores, y llora los pesares Híjar, Peza determina su originalidad, y un hijo de la costa, un hijo de la nueva Anda-

lucía, si Nueva España llamamos á México, Ignacio Manuel Altamirano, revela su talento como distinguido periodista y como poeta.

Hijo de la generación á que más debe México, y cuyo nombre será eterno en la brillante historia de aquel país, antes que como poeta conocimos á Altamirano como militar, en la notable historia del ejército de Occidente, que escribió el sabio Dr. Híjar y Haro, que tanto ha hecho por su patria en los años que estuvo de secretario en la embajada; cuando Peza no había publicado *La Lira Mexicana*, supimos la importancia que como hombre político tenía, su valer en el Parlamento y en la cátedra, y que era uno de los oradores que en México forman en primera fila.

La exquisita ternura generadora en el corazón de afectos que no pueden manifestarse, por ser la sociedad moderna campo poco á propósito para ello, ha sido sin duda lo que ha hecho retroceder á este poeta en el tiempo buscando lo necesario para la satisfacción de su alma: esta tendencia, que debe haberse dado siempre, es, á nuestro modo de ver, lo que ha sido causa del aparecimiento del Idilio en las literaturas, pues nunca, siguiendo el ejemplo de los griegos, nos limitaremos á dar este nombre á una composición cuyo fondo sea la vida pastoril, la vida del campo. La más notable representación plástica que del Idilio se ha hecho, es indudablemente la debida á Mme. Noemi Constant; encuadrado en hermoso marco que más hace

resaltar la brillantez del colorido, sobre un fondo de espesa enramada, tapizado de flores, ha trazado con extrema verdad la figura de un joven que estrecha dulcemente contra el corazón á su amada, en tanto que le da á oler la fragante rosa que tiene en la mano. Nada puede alcanzar á explicar la singular expresión de aquellos rostros, especialmente el de ella, que al aspirar el delicado perfume de la hermosa flor, parece que se le oye exclamar: «desde aquí al cielo.» Esto, sin que quepa dudarle, es un idilio, é idilio forman también la madre que cariñosa mira al tierno infante que duerme en su regazo, el padre que contempla el retrato del adolescente, cuyo rostro revela genio, ó el apasionado sér que en muda adoración quiere investigar el corazón de la mujer querida para ver si halla correspondencia al amor que matándolo le sirve de alimento. Estudiadas las literaturas clásicas, advertimos desde luego que nunca fué el idilio expresión de la simplicidad de las edades primitivas, sino revelación de sentimientos tiernos y puros, para lo que creyeron necesario los poetas remontarse á épocas primitivas, colocando en ellas sus cuadros: prueba de este aserto puede y debe ser considerar que Teócrito, Bion y Mosco entre los griegos, Horacio, Virgilio y Ausonio entre los romanos, no pueden reflejar en sus obras escenas reales. El siracusano Teócrito, maestro que podemos llamar en este género, lo mismo que Bion y Mosco, sus contemporá-

neos y discípulos, viven en una época de refinamiento, como sucede en Roma en el siglo de Augusto y en los posteriores, cuando ya no caben escenas de intimidad y candor como las que se advierten en sus idilios, por lo que, volvemos á repetirlo, en ellos hay sólo una manifestación de sentimiento, á la que ninguno llega como Teócrito por sus especiales condiciones; en Bion hay sobrada licencia, en Virgilio mucho estudio, en Horacio falta de carácter. En las literaturas modernas los dos poetas que con más éxito han cultivado el idilio, son Gessner en Alemania, y Tennyson en Inglaterra; el primero está juzgado en la frase que á su propósito decía Rosseau en una de sus cartas á Hubert: «vuestro Gessner es un hombre de corazón como yo los entiendo;» y todos sabemos cómo sentía el filósofo de Ginebra, que muchas veces recurrió á los pastores para hacerlos fieles representantes de sus sentimientos; Tennyson ha bebido la inspiración de sus idilios en la Tabla redonda, y justo es confesar que en todo lo que pertenece á las épocas de sencillez, se dan idilios como flores en abundancia se dan en la primavera.

Esta divagación que hemos hecho y que mucho confiamos nos será perdonada, tiene una justa causa ocupándonos de Altamirano, autor de buenos idilios: *Flor del Alba*, *La salida del Sol*, *Los Naranjos*, *Las Amapolas*, son los títulos que el poeta les ha dado, y de él podemos decir lo que hemos dicho de Teócrito: no

hay en ellos nada de la vida pastoril, nada que nos recuerde el lamentar de los pastores; son cuadros de la hermosísima naturaleza de aquel país, bien sentidos y expuestos con maestría; son acentos del alma de un hombre cansado de la lucha que por momentos reposa en la contemplación de aquellas bellezas que extasían y que le llevan á lucir las dotes de que está dotado, porque también en este punto puede establecerse paralelo entre el poeta de Siracusa y el poeta de Tixtla.

Aquéel florece, no ya en los tiempos del sencillo cuanto grande Homero, que con sin par naturalidad cuenta hasta los más nimios detalles del encuentro de Nausica con Ulises, ni en los de Hesiodo el labrador, sino en un periodo en que, habiendo alcanzado la literatura griega su mayor desenvolvimiento, comienza á declinar; no goza ni puede gozar con escenas de la vida campestre en los primeros días de una civilización, cuando nada ha existido que se preste á consideraciones que agitan al pudor, vive en la refinada corte de los Ptolomeos, en medio del lujo y de la depravación propia de toda corte, y sin embargo, vemos que sus versos no reflejan ninguna idea de su tiempo, ninguna opinión de los hombres que tiene alrededor, porque hijos de un verdadero poeta son ecos de la simplicidad del sentimiento, é importa poco que en algunos pasajes llegue hasta la obscenidad, como pretenden algunos críticos, juzgándolo como si se escribieran en

el siglo presente; desnudas están las Venus de Médicis y la de Gnido: desnudos están faunos y sátiros, y en presencia de estos clásicos monumentos del arte, nadie vé más que la perfección de los torsos, lo puro de las líneas y lo admirable de la expresión. Altamirano no vive en la sencillez del pueblo azteca que admiraría Cortés y sus compañeros, no vive en los tiempos de Nezagualcoyolt; vive en el último tercio de este gran siglo xix; no habita la soledad de las selvas, ni mora á orillas del río, ni los acentos de los pájaros que trinan son los únicos que hieren sus oídos; vive en la capital de una república agitada por los esfuerzos que realiza buscando su bienestar, rodeado de hombres que procuran su bien, luchando unos por la fuerza de los ideales modernos, otros por mezquinas é injustificadas ambiciones; pero á pesar de esto, quédale tiempo para volar, no á la infancia de su pueblo, sino á los primeros días de una culta adolescencia, y su plétora de sentimiento produce cuadros de sin igual ternura.

Flor del Alba es un idilio puramente mexicano; el cardenal, los turpiales, los zenzontles cantan en los mangles y los arrayanes, luciendo sus vistosos plumajes; el cafetal deja lucir la grana de sus frutos; las flores del algodón se columpian en los tallos, y las hojas del nelumbio besan las murmuradoras corrientes del arroyo que salta juguetón de piedra en piedra; *Flor del Alba* es el nombre que han dado á

niña hechicera moradora de una cabaña, cuando un cielo merece; niña que al romper las primeras luces del día, va por agua, llevando, como la Nausica homérica, la sencillez en los labios, y el reflejo del cielo en la mirada:

Cruza el sendero de mirtos,
Y cabe un cañaveral,
Donde hay una cruz antigua,
Bajo el techo de un palmar,
Plantada sobre las peñas
De un musgoso manantial,
Arrodillada la niña
Humilde se pone á orar,
Al arroyuelo mezclando
Sus lágrimas de piedad.

Trasladad al lienzo este cuadro, y será la más propia y genuina representación del idilio; hay en él un alma que se mece dulce y tranquilamente como las ligeras nubes que flotan en el espacio al caer la tarde.

La salida del Sol es un magnífico efecto de luz que más brilla al advertirse en su fondo la fe en la existencia de un Dios que no puede menos que existir; pero expresado de un modo tal, que claramente se vé que el poeta conoce á Dios y no desconoce la miseria humana, por lo que no resulta orgulloso; conoce la miseria humana y no desconoce á Dios, por lo que no resulta desesperado. *Los Naranjos* es una composición de la que parece emana el riquísimo perfume del azahar, y en *Las Amapolas* hay el fuego del color de la modesta flor que crece

entre los trigos: es, sin duda, el que más agrada, pues se advierte en él mayor vivacidad, más movimiento, al mismo tiempo que mayor corrección en la forma: si Altamirano hubiera seguido, habría llegado, sin duda, al extremo censurable que en Teócrito y Bion critican muchos; el amante que presenta, pide tanto como alguno del siracusano; pero, séanos permitido que lo repitamos, poco importa esto á los que sólo atienden al fondo, á la idea, á la intención, y nada puede inquietar el extravío á que se vea llevada la imaginación, cuando de antemano sabemos será retenida por la forma bellísima de que el poeta ha echado mano. Leyendo *Las Amapolas* acuden á nuestra mente recuerdos de una edad en la que el candor nos llevaba á lo que tal vez hoy la misma malicia nos veda; sentimos la riquísima naturaleza de aquel fértil país, y recordamos á nuestro Gil Polo, con quien únicamente puede compararse Altamirano, por lo armonioso de sus quintillas. El poeta que cantó de tan admirable modo los desdenes de su hermosa Galatea, no opondría resistencia, tal vez encontrara placer, en firmar las del vate mexicano:

—Duermen las tiernas mimosas
en los bordes del torrente;
mustias se tuercen las rosas,
inclinando perezosas
su rojo cáliz turgente.

.
Arde la tierra, bien mío;

en busca de sombra vamos
al fondo del bosque umbrío,
y un paraíso finjamos
en los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
al pié de los platanares
por el remanso bañado,
un lecho te he preparado
de eneldos y de azahares.

El conocimiento que Altamirano tiene de las literaturas clásicas, lo ha llevado, sin duda, á vaciar la grande idea implícita en su composición *Las Abejas*, en un molde hecho al parecer por Virgilio ó por Horacio, y la forma severa de esta composición nos hace recordar la del maestro León:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

de la misma manera que ésta hace recordar la del incomparable Horacio,

Beatus ille qui procul negotiis,

composición que acudió á nuestra memoria leyendo más de un pasaje de la de Altamirano, que comienza:

Ya que del carmen en la sombra amiga
fuego vertiendo el caluroso estío,
á buscar un refugio nos obliga
cabe el remanso del sereno río;

tras este magistral comienzo, el poeta, que se ha propuesto consolar al amigo querido de la pena que sufre por una decepción amorosa, presenta, en admirable paralelo, la vida de la córte y la de la aldea; establece una comparación entre la mujer que físicamente se aja con la atmósfera de los salones, y se pervierte moralmente con la farsa de la córte, y la pura y sencilla mujer de los campos que le recomienda; sírvele admirablemente su propósito, para la bella comparación que establece entre las damas de gran aparato y fausto, con las flores que, altivas y brillantes, seducen la vista, pero de las que ninguna abeja liba miel para sus panales, y las sencillas y candorosas que habitan la aldea, semejantes á las violetas que con empeño busca el insecto bajo las hojas en que se esconden. A más de la forma sin tacha que el poeta ha dado al pensamiento, en cada verso ha dejado una máxima, de las que no deben olvidarse; en cada estrofa una enseñanza de las que siempre deben tenerse presentes.

La naturaleza no es monótona ni aun en calma; cortando el plano valle salta el arroyo que simula argentada veta, interrumpe la llanura el precipicio, á cuyo fondo se despeña el agua que desciende de la montaña, y esta variedad, á la que dan encantos, acá las palmas, allá los sicomoros, sirve admirablemente para despertar en el alma sentimientos que son efectos lo mismo de lo plácido y tranquilo, que de lo agitado y revuelto. Altamirano es dulce en las

composiciones anteriores, porque no se prestan á otra cosa los blancos azahares y las sencillas amapolas; pero como si su alma adquiriera bríos en presencia de las grandezas naturales, se le ve pensador profundo, y de violenta imaginación, cantando *El Atoyac*, río que embellece y fertiliza llanuras de aquella tierra bendecida, donde nació el poeta. Hijo del trópico, se advierte en él la riqueza exuberante de una privilegiada fantasía, y son más bellos sus cuadros, cuando más asombrosa y rara es aquella vegetación. *El Atoyac en una creciente* es una bella poesía que seduce lo mismo por su fondo que por su forma. De ella forma un seductor contraste la comparación entre el río que

Nace en la sierra entre empinados riscos
humilde manantial, lamiendo apenas
las doradas arenas,
y acariciando el tronco de la encina
y los piés de los pinos cimbradores.
Por un tapiz de flores
desciende y á la costa se encamina
el tributo abundante recibiendo
de cien arroyos que en las selvas brotan.

Sus furores violentos
ya nada puede resistir, ni evita;
hasta que puerta á su correr dejando
la playa... rebramando
¡en el seno del mar se precipita!

con el amor que de la misma manera
nace de una sonrisa del destino,

y la esperanza arrúllale en la cuna;
crece después, y sigue aquel camino
que la ingrata fortuna
en hacerle penoso se complace;
las desgracias le estrechan, imposibles
le cercan por doquiera;
hasta que al fin violento,
y tenaz, y potente se exaspera,
y atropellando valladares, corre
desatentado y ciego,
de su ambición llevado, para hundirse
en las desdichas luego.

Nos hemos ocupado hasta ahora sólo en algunas rimas insertas en el libro primero, y grande es nuestro sentimiento al no poder hacerlo con todas; demasiado lejos nos llevaría la enumeración de los méritos que cada uno atesora, por lo que nos vemos obligados á pasar al segundo y tercero, que es donde, á nuestro modo de ver, el poeta está en carácter ó al menos donde más ha desplegado las condiciones y cualidades que le son propias.

Hemos leído repetidas veces estas dos últimas partes del libro, de las que la primera tiene por título *A una sombra*, y la segunda *Cinerarias*, y nos parece cada vez más cierto lo que afirmamos.

Altamirano se caracteriza en ellas como poeta, y en ellas es donde más nos agrada, pues, justo es afirmarlo, bello es el mar cuando sereno y tranquilo blandamente se mueve como perezoso niño, y sus tenues olas apenas si hacen más que besar la playa; pero es soberbia-